

MANUEL V. ORDÓÑEZ Y EL RACISMO *

Por el Académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

En fecha reciente el Museo Judío de Buenos Aires, con el auspicio de la Congregación Israelita de la República Argentina, rindió homenaje a la memoria de Manuel V. Ordóñez.

No debe sorprendernos que el primer homenaje público a quien fue infatigable defensor de "La Prensa" y de las libertades constitucionales provenga de quienes integran —según elocuente definición de Juan Pablo II— "el pueblo de Dios de la Antigua Alianza nunca revocada". Los discursos pronunciados durante el acto compartiendo el estrado, por el presidente de la Congregación Israelita y el arzobispo de La Plata, estuvieron signados por el mismo espíritu fraterno que movió al Santo Padre en su visita al Gran Rabino de Roma, en abril de 1986. Estos gestos, simples y transparentes, contribuyen a poner en evidencia la radical incompatibilidad que existe entre el cristianismo y el antisemitismo. Así lo entendió, en toda circunstancia, Manuel V. Ordóñez, y juzgó siempre que esa posición era la única congruente con el catolicismo.

Un humanismo genuino

Dios fue para Ordóñez, Alfa y Omega, principio y fin de su existencia. Y el hombre, todo hombre, fue para él un microcosmos, un universo en miniatura de dignidad

* Publicado en "La Prensa" el 4 de setiembre de 1988.

infinita, una sustancia compuesta de materia y espíritu, un ser creado a imagen y semejanza del Altísimo, un misterio insondable.

Sobre la base de esa firme antropología filosófica sostuvo un humanismo, de inspiración judeocristiana, incompatible con cualquier forma de discriminación. Ordóñez repudió, por ello, con énfasis nunca desmentido a los tres totalitarismos arquetípicos: el comunista, el fascista y el nacional-socialista. Consideró que constituían formas de Estado que tienden inexorablemente a la aniquilación del hombre y de su dignidad connatural. En cursos formales e informales, ante auditorios numerosos o pequeños círculos de estudio, en la universidad, en colegios secundarios y en la tribuna pública, reivindicó siempre el valor inmensurable de la persona humana y anatematizó todas las expresiones colectivistas de nuestro siglo.

El racismo

Ordóñez experimentó frente al racismo una especial repulsión. Enfrentó la avalancha nazi con todas sus energías espirituales, poniendo en evidencia en innumerables oportunidades la perversidad del neopaganismo profesado por el Tercer Reich. Afirmaba que, desde cualquier perspectiva genuinamente cristiana, el antisemitismo debía ser condenado de modo total. Perteneció así a la legión de católicos que se estremecieron ante los horrores del genocidio nacionalsocialista. En la misma sobresalió, con perfiles propios, su maestro y amigo: Jacques Maritain. También descollaron hombres de la talla de Peter van der Meer, Jacques Leclerc, Romano Guardini, Luigi Sturzo, Gabriel Marcel, François Mauriac, Georges Bernanos y Joseph Folliet. En igual orientación se destacaron nuestros compatriotas monseñores de Andrea y Francheschi, el padre Carlos Cucchetti y el inolvidable Jorge García Venturini, filósofo profundo, maestro impecable y eximio colaborador de "La Prensa". De una u otra forma Ordóñez estuvo vinculado a estas figuras que tanto hicieron por estrechar vínculos entre cristianos y judíos. Ordóñez creía firmemente, con el padre Congar, que el cristiano que, al decir *Padre Nuestro*, excluyera de entre sus hermanos, aunque sólo fuera de modo meramente implícito y práctico, a algún judío; no invocaría verdaderamente al Padre que

está en los cielos y no sería oído. Precisamente porque hay sólo un Dios, a cuya imagen hemos sido creados, y un solo Padre, del que todos somos igualmente hijos, todos los hombres son hermanos y esta fraternidad no puede ser destruida por ninguna potencia humana. El único modo de oponerse a esta fraternidad —advierte el padre Congar— es colocándose fuera de la paternidad de Dios. De esta forma, todo racismo consecuente implica una apostasía del cristianismo.

Posición de la Iglesia

Ordóñez fue un difusor en la Argentina de la Encíclica *Mit Brennender Sorge*, expedida por Pío XI en 1937, en la que se condenó el racismo y el antisemitismo como la negación de Jesucristo y de su doctrina, y como el culto de la fuerza, la idolatría de la raza y de la sangre, y la opresión de la libertad y de la dignidad humana.

En plena coincidencia con Jacques Maritain, sostuvo siempre que el nacionalsocialismo también fue anticristiano porque fue antisemita. Y se sintió cabalmente interpretado cuando el 6 de septiembre de 1938 Pío XI expresó ante un grupo de peregrinos belgas: *El antisemitismo es inaceptable; espiritualmente nosotros somos semitas.*

La brevedad de este artículo me impide reseñar los documentos pontificios y episcopales que Jorge García Venturini menciona en su ensayo titulado "Antisemitismo y cristianismo", y que ponen en relieve la incompatibilidad existente entre cualquier forma de racismo y la posición oficial de la Iglesia, sustentada en la Escritura y en los Santos Padres. No puedo, sin embargo, omitir el dolor y el rechazo que suscitaron en el espíritu de Ordóñez las actitudes de quienes han pretendido conciliar el racismo, en cualquiera de sus versiones, con el cristianismo. Tenía clara conciencia de los pecados cometidos por sedicentes cristianos contra el pueblo de Israel. Por eso valoró como un acto de expiación la Declaración "Nostra Aetate" del Concilio Vaticano II, en cuyo texto los obispos reunidos en Roma, presididos por el sucesor de San Pedro, deploraron los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos.

Ordóñez, como otros intelectuales católicos del siglo xx, fue un precursor y un propulsor de dicha declaración conciliar en la que se recuerda que “la Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas; y también los patriarcas, y de quienes procede Cristo según la carne (Rom. 9, 4-5)”, que se hizo hombre en las entrañas purísimas de una virgen de Israel.

Influencia de Maritain

No es, pues, aventurado, sostener que la Declaración “Nostra Aetate” es una prolongación de la célebre conferencia que el 25 de enero de 1943 pronunció Jacques Maritain en la Escuela Libre de Altos Estudios de Nueva York, editada entre nosotros, en 1964, por la DAIA, bajo el título “Significado del racismo”. En esa disertación Maritain describió los horrores del nacionalsocialismo y señaló que uno de los motivos que movían a los nazis era el propósito de “barrer del mundo a la raza de la que nació Jesucristo. Porque tratan de borrar a Cristo mismo de la historia, y ejercen su venganza sobre los judíos por odio al Mesías que salió de ellos: humillando y torturando a los judíos, tratan de humillar y torturar al Mesías en su propia carne. Esencialmente —concluye Maritain— es una *Cristofobia*”.

Estas palabras impresionantes del más ilustre filósofo tomista del siglo xx ponen de manifiesto la terrible contradicción en que incurren las personas que pretenden llamarse cristianas asumiendo, simultáneamente, posiciones proclives al antisemitismo.

Una prédica intatigable

En innumerables oportunidades conversé estos temas con Manuel V. Ordóñez. Tuve el privilegio de tratarle con frecuencia y de conocer la intimidad de su pensamiento filosófico y político. No puedo, por razones de espacio, ahondar los múltiples aspectos de su ideario diáfano. Quiero solamente recordar que en 1971, cuando me desempeñaba como decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, organizamos con los doc-

tores Alfredo de las Carreras y Gerardo Ancarola, un acto de adhesión al Año Internacional contra el Racismo y la Discriminación Racial. Ordóñez estuvo presente y ocupó un lugar en el estrado porque a pesar de que ya no integraba el claustro, era considerado por todos como uno de los argentinos que más se había destacado en la lucha contra el racismo. Esos antecedentes, públicos y notorios, fueron los que determinaron que le fuera otorgado el premio Barón Maurico de Hirsch y que algunos años después se incorporara como experto no gubernamental, al Comité de las Naciones Unidas constituido para bregar por el cese de la discriminación racial en el mundo. Ordóñez pudo así desplegar en Ginebra y Nueva York su magisterio formidable. Lamentablemente debió declinar tan honroso mandato antes de su vencimiento, porque la edad y algunos problemas de salud le impidieron continuar la tarea. Pero su presencia marcó un tiempo y dejó una huella indeleble en dicho organismo internacional.

Ordóñez y Maritain

Su enfermedad no logró quebrantarlo. Permaneció firme, hasta el final, manteniendo los ideales de toda su vida y guardando rigurosa fidelidad a sus principios y convicciones. Recuerdo la importancia que atribuyó a las palabras pronunciadas por Juan Pablo II, en mayo de 1987, al beatificar en Colonia a la monja Carmelita de origen hebreo, Edith Stein. En esa oportunidad el Papa declaró, con horror, que allí, "en el corazón de Europa, se ideó una vez más un programa de aniquilamiento de los hebreos", señalando que "una ideología aberrante lo decretó en nombre de un racismo satánico y lo impulsó hasta consecuencias desastrosas". En la última conversación que tuve con Ordóñez, tres días antes de morir, me entregó, como quien trasmite un testimonio, una fotografía que le dedicó Maritain cuando estuvo en la Argentina. Se encontraba sereno, aguardando con fe y esperanza el encuentro con el Señor. Al entregarme el retrato quiso asociar a esa última despedida el recuerdo del filósofo contemporáneo que más influyó en su formación intelectual.

Quiero, por ello, también unir a ambos en esta evocación. Porque Maritain y Ordóñez fueron dos hombres que en el curso de sus vidas lucharon sin descanso para consolidar sobre bases firmes los sentimientos fraternos que debieran existir siempre entre judíos y cristianos.